

ANTOLOGÍA POÉTICA de la GENERACIÓN DEL 27

1.- FEDERICO GARCÍA LORCA

(Fuentevaqueros (Granada), 1898 – Víznar, 1936)



Poética:

Pero ¿qué voy a decir yo de la Poesía? ¿Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle, y nada más. Comprenderá que un poeta no puede decir nada de la Poesía. Eso déjaselo a los críticos y profesores. Pero ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía.

Aquí está: mira. Yo tengo el fuego en mis manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura. Yo comprendo todas las poéticas; podría hablar de ellas si no cambiara de opinión cada cinco minutos. No sé, puede que algún día me gusta la poesía mala muchísimo, como me gusta (nos gusta) hoy la música mala con locura. Quemaré el Partenón por la noche, para empezar a levantarlo por la mañana, y no terminarlo nunca.

En mis conferencias he hablado de la Poesía, pero de lo único que puedo hablar es de mi poesía. Y no porque sea un inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios – o del demonio -, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema.

(Gerardo Diego, *Antología*, 1934, p. 423)

BALADILLA DE LOS TRES RÍOS

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

¡Ay, amor
que se fue y no vino!

5

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre

10

¡Ay, amor
que se fue por el aire!

Para los barcos de vela
Sevilla tiene un camino;
por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

15

¡Ay, amor
que se fue y no vino!

Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.
Dauro y Genil, torrecillas
muertas sobre los estanques.

20

¡Ay, amor
que se fue por el aire!

¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!

25

¡Ay, amor
que se fue y no vino!

Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.

30

¡Ay, amor
que se fue por el aire!

(Poema del cante jondo , 1931)

CANCIÓN DEL JINETE

En la luna negra
de los bandoleros,
cantan las espuelas.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

5

...Las duras espuelas
del bandido inmóvil
que perdió las riendas.

Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

10

En la luna negra
sangraba el costado
de Sierra Morena.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

15

La noche espolea
sus negros ijares
clavándose estrellas.

Caballito frió.
¡Qué perfume de flor de cuchillo! 20

En la luna negra,
¡un grito! y el cuerno
largo de la hoguera.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto? 25
(*Canciones*, 1927)

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.

En el aire conmovido 5
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.

Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos, 10
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

Niño déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque 15
con los ojillos cerrados.

Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño déjame, no pises,
mi blancor almidonado. 20

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían, 25
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

¡Cómo canta la zumaya,
ay como canta en el árbol!
Por el cielo va la luna 30
con el niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
el aire la está velando. 35
(*Romancero gitano*, 1928)

ROMANCE SONÁMBULO

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña. 5
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.

Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana, 10
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra 15
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias. 20

¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.

-Compadre, quiero cambiar 25
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando,
desde los puertos de Cabra. 30

-Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa. 35

-Compadre, quiero morir,
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda. 40

¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
-Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja. 45

Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
-Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas, 50

¡dejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

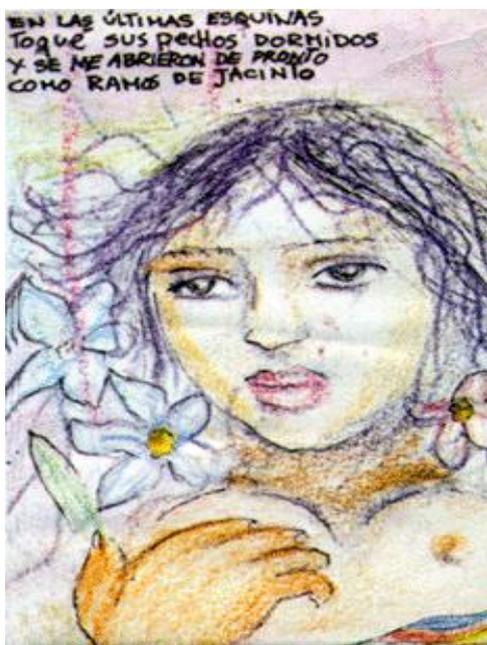
Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas. 55
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.

Mil panderos de cristal
herían la madrugada. 60

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca. 65
-¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperé!
¡Cuántas veces te esperara, 70
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe
se mecía la gitana. 75
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.
Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.
Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
El barco sobre la mar. 80
Y el caballo en la montaña. 85

(*Romancero gitano*, 1928)



LA CASADA INFIEL

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso. 5
Se apagaron los faroles

y se encendieron los grillos.

En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos. 10

El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos. 15
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzadoras, 20
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido. 25
Yo, el cinturón con revólver,
ella, sus cuatro corpiños.

Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo. 30

Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío. 35

Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos. 40

No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido. 45

Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy,
como un gitano legítimo.
La regalé un costurero
grande, de raso pajizo, 50
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río. 55

(*Romancero gitano*, 1928)

PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.

Moreno de verde luna anda despacio y garboso. Sus empavonados bucles le brillan entre los ojos. A la mitad del camino cortó limones redondos, y los fue tirando al agua hasta que la puso de oro. Y a la mitad del camino, bajo las ramas de un olmo, guardia civil caminera lo llevó codo con codo.	5	cuando los erales sueñan verónicas de alhelí, voces de muerte sonaron cerca del Guadalquivir. "Antonio Torres Heredia, Camborio de dura crin, moreno de verde luna, voz de clavel varonil: ¿Quién te ha quitado la vida cerca del Guadalquivir?" "Mis cuatro primos Heredias hijos de Benamejí. Lo que en otros no envidiaban ya lo envidiaban en mí. Zapatos color Corinto, medallones de marfil, y este cutis amasado con aceituna y jazmín." «¡Ay, Antoñito el Camborio, digno de una emperatriz! Acuérdate de la Virgen porque te vas a morir.» «¡Ay Federico García, llama a la Guardia Civil! Ya mi talle se ha quebrado como caña de maíz.»	15
El día se va despacio, la tarde colgada a un hombro, dando una larga torera sobre el mar y los arroyos. Las aceitunas aguardan la noche de capricornio y una corta brisa, ecuestre, salta los montes de plomo. Antonio Torres Heredia, hijo y nieto de Camborios, vienes sin vara de mimbre entre los cinco tricornios.	20		30
Antonio, ¿quién eres tú? Si te llamaras Camborio, hubieras hecho una fuente de sangre con cinco chorros. Ni tú eres hijo de nadie, ni legítimo Camborio. ¡ Se acabaron los gitanos que iban por el monte solos! Están los viejos cuchillos tiritando bajo el polvo. A las nueve de la noche lo llevan al calabozo, mientras los guardias civiles beben limonada todos. Y a las nueve de la noche le cierran el calabozo, mientras el cielo reluce como la grupa de un potro.	30	Tres golpes de sangre tuvo y se murió de perfil. Viva moneda que nunca se volverá a repetir. Un ángel marchoso pone su cabeza en un cojín. Otros de rumor cansado, encendieron un candil. Y cuando los cuatro primos llegan a Benamejí, voces de muerte cesaron cerca del Guadalquivir. <i>(Romancero gitano, 1928)</i>	40
	35		45
	40		50
	45		
		LA AURORA	
		La aurora de Nueva York tiene cuatro columnas de cieno y un huracán de negras palomas que chapotean las aguas podridas. La aurora de Nueva York gime por las inmensas escaleras buscando entre las aristas nardos de angustia dibujada. La aurora llega y nadie la recibe en su boca porque allí no hay mañana ni esperanza posible. A veces las monedas en enjambres furiosos taladran y devoran abandonados niños. Los primeros que salen comprenden con sus huesos que no habrá paraíso ni amores deshojados; saben que van al cieno de números y leyes, a los juegos sin arte, a sudores sin fruto. La luz es sepultada por cadenas y ruidos en impúdico reto de ciencia sin raíces. Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre.	5
			10
			15
			20

MUERTE DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

Voces de muerte sonaron cerca del Guadalquivir. Voces antiguas que cercan voz de clavel varonil. Les clavó sobre las botas mordiscos de jabalí. En la lucha daba saltos jabonados de delfín. Bañó con sangre enemiga su corbata carmesí, pero eran cuatro puñales y tuvo que sucumbir. Cuando las estrellas clavan rejones al agua gris,	5	
	10	

			5
			10
			15
			20

(Poeta en Nueva York, 1929-30)



CIUDAD SIN SUEÑO

(Nocturno del Brooklyn Bridge)

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan /
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas /
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros./

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Hay un muerto en el cementerio más lejano
que se queja tres años
porque tiene un paisaje seco en la rodilla;
y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto
que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase./

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas./
Pero no hay olvido, ni sueño:
carne viva. Los besos atan las bocas
en una maraña de venas recientes
y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso
y el que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.
Un día
los caballos vivirán en las tabernas
y las hormigas furiosas
atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas./

Otro día
veremos la resurrección de las mariposas disecadas
y aun andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos /
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua. /
¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,

a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente /
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato, /
hay que llevarlos al muro donde iguanas y serpientes esperan, /
donde espera la dentadura del oso,
donde espera la mano momificada del niño
y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul. /

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Pero si alguien cierra los ojos,

¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!
Haya un panorama de ojos abiertos
y amargas llagas encendidas.
No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.

Ya lo he dicho.
No duerme nadie.

Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienas, /
abrid los escotillones para que vea bajo la luna
las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.
(Poeta en Nueva York)

LLANTO POR IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

I) LA COGIDA Y LA MUERTE

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida 5

a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde. 10
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada 15
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sonos del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde. 20
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando 25
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo

a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde: 30
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído 35
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde. 40

A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles 45
a las cinco de la tarde.
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡ Ay qué terribles cinco de la tarde! 50
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!



II) LA SANGRE DERRAMADA

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla! 5

La luna de par en par.
Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla! 10
Que mi recuerdo se quema.

¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo 15
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra, 20
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.
No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio 25
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta. 30
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza; 35
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome! 40
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza. 45
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda, 50
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza, 55
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo 60
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué buen serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas! 65
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin. 70
 Ya los musgos y la hierba
 abren con dedos seguros
 la flor de su calavera.
 Y su sangre ya viene cantando:
 cantando por marismas y praderas, 75
 resbalando por cuernos ateridos,
 vacilando sin alma por la niebla,
 tropezando con miles de pezuñas
 como una larga, oscura, triste lengua,
 para formar un charco de agonía 80
 junto al Guadalquivir de las estrellas.
 ¡Oh blanco muro de España!
 ¡Oh negro toro de pena!
 ¡Oh sangre dura de Ignacio!
 ¡Oh ruiseñor de sus venas! 85
 No.
 ¡Que no quiero verla!
 Que no hay cáliz que la contenga,
 que no hay golondrinas que se la beban,
 no hay escarcha de luz que la enfríe, 90
 no hay canto ni diluvio de azucenas,
 no hay cristal que la cubra de plata.
 No,
 ¡¡Yo no quiero verla!!

IV) ALMA AUSENTE

No te conoce el toro ni la higuera,
 ni caballos ni hormigas de tu casa.
 No te conoce el niño ni la tarde
 porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra, 5
 ni el raso negro donde te destrozas.
 No te conoce tu recuerdo mudo
 porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
 uva de niebla y montes agrupados, 10
 pero nadie querrá mirar tus ojos
 porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
 como todos los muertos de la Tierra,
 como todos los muertos que se olvidan 15
 en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
 Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
 La madurez insigne de tu conocimiento.
 Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca. 20
 La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
 un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
 Yo canto su elegancia con palabras que gimen
 y recuerdo una brisa triste por los olivos. 25
 (*Llanto por I. S. Mejías*, 1935)

GACELA DEL AMOR IMPREVISTO

Nadie comprendía el perfume
 de la oscura magnolia de tu vientre.
 Nadie sabía que martirizabas
 un colibrí de amor entre los dientes. 5
 Mil caballitos persas se dormían
 en la plaza con luna de tu frente,
 mientras que yo enlazaba cuatro noches
 tu cintura, enemiga de la nieve.

Entre yeso y jazmines, tu mirada
 era un pálido ramo de simientes. 10
 Yo busqué, para darte, por mi pecho
 las letras de marfil que dicen siempre,
 siempre, siempre: jardín de mi agonía,
 tu cuerpo fugitivo para siempre,
 la sangre de tus venas en mi boca, 15
 tu boca ya sin luz para mi muerte.
 (*Diván del Tamarit*, 1940)

CASIDA DE LA MUJER TENDIDA

Verte desnuda es recordar la tierra.
 La tierra lisa, limpia de caballos.
 La tierra sin un junco, forma pura
 cerrada al porvenir, confin de plata.

Verte desnuda es comprender el ansia 5
 de la lluvia que busca debil talle,
 o la fiebre del mar de inmenso rostro
 sin encontrar la luz de su mejilla.

La sangre sonara por las alcobas
 y vendra con espadas fulgurante, 10
 pero tu no sabras donde se ocultan
 el corazon de sapo o la violeta.

Tu vientre es una lucha de raices,
 tus labios son un alba sin contorno.
 Bajo las rosas tibias de la cama 15
 los muertos gimen esperando turno.
 (*Diván del Tamarit*, 1940)

ANDA JALEO

Yo me subí a un pino verde
 por ver si la divisaba,
 y sólo divisé el polvo
 del coche que la llevaba.

Anda jaleo, jaleo; 5
 ya se acabó el alboroto
 y ahora empieza el tiroteo.

En la calle de los muros
 mataron a una paloma.
 Yo cortaré con mis manos 10
 las flores de su corona.

Anda jaleo, jaleo;
ya se acabó el alboroto
y ahora empieza el tiroteo.

No salgas, paloma, al campo, 15
mira que soy cazador,
y si te tiro y te mato
para mi será el dolor,
para mi será el quebranto.

Anda jaleo, jaleo; 20
ya se acabó el alboroto
y ahora empieza el tiroteo.
(*Cantares populares*)

2.- RAFAEL ALBERTI

(Puerto de Sta. María, Cádiz 1902 – 1999)



Poética:

He intentado muchos caminos, aprovechándome a veces, de aquellas tendencias estéticas con las que simpatizaba. Los poetas que me han ayudado, a los que sigo guardando una profunda admiración, han sido Gil Vicente, los anónimos del Cancionero y Romancero españoles, Garcilazo, Góngora, Lope, Bécquer, Baudelaire, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado.

Antes mi poesía estaba al servicio de mí mismo y unos pocos. Hoy no. Lo que me impulsa a ello es la misma razón que mueve a los obreros y a los campesinos: o sea, una razón revolucionaria. Creo sinceramente que el nuevo camino de la poesía está ahí.

(Gerardo Diego, *Antología*, 1934, p. 447)

SI MI VOZ MURIERA EN TIERRA

Si mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel de guerra. 5
¡Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera:
sobre el corazón un ancla
y sobre el ancla una estrella
y sobre la estrella el viento
y sobre el viento la vela! 10
(*Marinero en tierra*, 1925)

EL MAR. LA MAR

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste 5
del mar?

En sueños, la marejada
Me tira del corazón.
Se lo quisiera llevar.

Padre, ¿ por qué me trajiste 10
acá ?

A FEDERICO GARCÍA LORCA

Sal tú, bebiendo campos y ciudades,
en largo ciervo de agua convertido,
hacia el mar de las albas claridades,
del martín-pescador mecido nido;

que yo saldré a esperarte, amortecido, 5
hecho junco, a las altas soledades,
herido por el aire y requerido
por tu voz, sola entre las tempestades.

Deja que escriba, débil junco frío,
mi nombre en esas aguas corredoras, 10
que el viento llama, solitario, río.

Disuelto ya en tu nieve el nombre mío,
vuélvete a tus montañas trepadoras,
ciervo de espuma, rey del monterío.
(*Marinero en tierra*)

SI GARCILASO VOLVIERA



Si Garcilaso volviera,
yo sería su escudero;
que buen caballero era.

<p>Mi traje de marinero se trocaría en guerrera, ante el brillar de su acero; que buen caballero era.</p>	5	<p>¡Qué salero! ¡Cógeme, torillo fiero!</p>	
<p>¡Qué dulce oírle, guerrero al borde de su estribera! En la mano, mi sombrero; que buen caballero era. Si mi voz muriera en tierra llevadla al nivel del mar y dejadla en la ribera.</p>	10	<p>Alas en las zapatillas, céfiros en las hombreras, canario de las barreras, vuelas con las banderillas. Campanillas te nacen en las chorreras.</p>	30
<p>Llevadla al nivel del mar y nombradla capitana de un blanco bajel de guerra.</p>	15	<p>¡Qué salero! ¡Cógeme, torillo fiero! Te dije y te lo repito, para no comprometerte, que tenga cuernos la muerte a mí se me importa un pito. Da, toro torillo, un grito y ¡a la gloria en angarillas!</p>	35 40
<p>¡Oh mi voz condecorada con la insignia marinera: sobre el corazón un ancla y sobre el ancla una estrella y sobre la estrella el viento y sobre el viento la vela!</p>	20	<p>¡Qué salero! ¡Que te arrastran las mulillas! ¡Cógeme, torillo fiero!</p>	
		<i>(El alba del alhelí, 1926)</i>	
<p>EL NIÑO DE LA PALMA (Chufilllas)</p>		<p>A PABLO NERUDA, CON CHILE EN EL CORAZÓN</p>	
<p>¡Qué revuelo!</p> <p>¡Aire, que al toro torillo le pica el pájaro pillo que no pone el pie en el suelo!</p>		<p>No dormiréis, malditos de la espada, cuervos nocturnos de sangrientas uñas, tristes cobardes de las sombras tristes, violadores de muertos.</p>	
<p>¡Qué revuelo!</p> <p>Ángeles con cascabeles arman la marimorena, plumas nevando en la arena rubí de los redondeles. La Virgen de los caireles baja una palma del cielo.</p>	5 10	<p>No dormiréis.</p> <p>Su noble canto, su pasión abierta, su estatura más alta que las cumbres, con el cántico libre de su pueblo os ahogarán un día.</p>	5 10
<p>¡Qué revuelo!</p> <p>Vengas o no en busca mía, torillo mala persona, dos cirios y una corona tendrás en la enfermería.</p>	15	<p>Venid a ver su casa asesinada, la miseria fecal de vuestro odio, su inmenso corazón pisoteado, su pura mano herida.</p>	
<p>¡Qué alegría! ¡Cógeme, torillo fiero! ¡Qué salero!</p> <p>De la gloria a tus pitones, bajé, gorrión de oro, a jugar contigo al toro, no a pedirte explicaciones.</p>	20	<p>No dormiréis. No dormiréis porque ninguno duerme. No dormiréis porque su luz os ciega. No dormiréis porque la muerte es solo vuestra victoria.</p>	15
<p>¡A ver si te las compones y vuelves vivo al chiquero!</p>	25	<p>No dormiréis jamás porque estáis muertos.</p>	20
		<i>(Fustigada Luz, 1978)</i>	

CANCIONES

Para algo llegaste, Altair, descendiste
de tu constelación en pleno día.
Nunca bajó una estrella
a enramarse del sol de los olivos,
ni la cal de los pueblos 5
pasó del blanco puro a ser más blanca
ni el viento de esa noche
a prolongar su canto más allá de la aurora.
Nunca se vio a una estrella a pie por los caminos,
ni pararse de pronto, detenerse, 10
señalando, prendiendo, iluminando
algo que no esperaba.
Para algo Altair descendió desgajándose
de su constelación aquella noche.
(*Canciones para Altair, 1988*)

CATALINA DE ALBERTI, ITALO-ANDALUZA

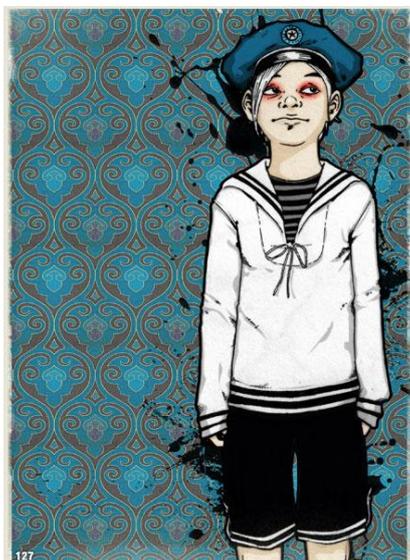
(Siglo XIX)

Llevaba un seno al aire, y en las manos
-nieve roja- una crespita clavelina.
Era honor de la estirpe gongorina
y gloria de los mares albertianos.

Brotó como clavel allá en los llanos 5
de Córdoba la fértil y la alpina,
y rodó como estrella y trasmarina
perla azul por los mares sicilianos.

Nunca la vi, pero la siento ahora 10
clavel de espuma y nácar de los mares
y arena de los puertos submarinos.

Vive en el mar la que mi vida honora,
la que fue flor y norte de mis lares
y honor de los claveles gongorinos.
(*Marinero en tierra, 1925*)



ELEGÍA DEL NIÑO MARINERO

(A Manuel Ruiz Castillo)

Marinerito delgado,
Luis Gonzaga de la mar,
¡qué fresco era tu pescado,
acabado de pescar!

Te fuiste, marinerito, 5
en una noche lunada,
¡tan alegre, tan bonito,
cantando, a la mar salada!

¡Qué humilde estaba la mar!
¡Él cómo la gobernaba! 10
Tan dulce era su cantar,
que el aire se enajenaba.

Cinco delfines remeros
su barca le cortejaban. 15
Dos ángeles marineros,
invisibles, le guiaban.

Tendió las redes, ¡qué pena!,
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola, en su red plateada. 20

¡Qué negra quedó la mar!
¡La noche, qué desolada!
Derribado su cantar,
la barca fue derribada.

Flotadora va en el viento 25
la sonrisa amortajada
de su rostro. ¡Qué lamento
el de la noche cerrada!

¡Ay mi niño marinero,
tan morenito y galán, 30
tan guapo y tan pinturero,
más puro y bueno que el pan!

¿Qué harás, pescador de oro,
allá en los valles salados
del mar? ¿Hallaste el tesoro
secreto de los pescados? 35

Deja, niño, el salinar
del fondo, y súbeme el cielo
de los peces y, en tu anzuelo,
mi hortelanita del mar. 40

EL ÁNGEL DE LOS NÚMEROS

Virgenes con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.

Y el ángel de los números,
pensativo, volando 5
del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.

Tizas frías esponjas
rayaban y borraban
la luz de los espacios. 10

Ni sol, luna, ni estrellas,
ni el repentino verde
del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.

Virgenes sin escuadras, 15
sin compases, llorando.

Y en las muertas pizarras,
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2, 20
sobre el 3, sobre el 4...

(*Sobre los ángeles*, 1929)

LOS ÁNGELES COLEGIALES

Ninguno comprendíamos el secreto nocturno de las
pizarras /
ni por qué la esfera armilar se exaltaba tan sola cuando la
mirábamos./
Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser
redonda /
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelanta el reloj de los pájaros.

Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros dedos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva o
quebrada /
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la
aritmética./

INVITACIÓN AL AIRE

Te invito, sombra, al aire.
Sombra de veinte siglos,
a la verdad del aire,
del aire, aire, aire.

Sombra que nunca sales 5
de tu cueva, y al mundo
no devolviste el silbo
que al nacer te dio el aire,
del aire, aire, aire.

Sombra sin luz, minera 10
por las profundidades
de veinte tumbas, veinte
siglos huecos sin aire,
del aire, aire, aire.

¡Sombra, a los picos, sombra, 15
de la verdad del aire,
del aire, aire, aire!

(*Sobre los ángeles*)

EL TORO DE LA MUERTE. (a Ignacio Sánchez Mejías)

Negro toro, nostálgico de heridas,
corneándole al agua sus paisajes,
revisándole cartas y equipajes
a los trenes que van a las corridas.

¿Qué sueñas en tus cuernos, qué escondidas 5
ansias les arrebolan los viajes,
qué sistema de riegos y drenajes
ensayan en la mar tus embestidas?

Nostálgico de un hombre con espada,
de sangre femoral y de gangrena, 10
ni el mayoral ya puede detenerte.

Corre, toro, a la mar, embiste, nada,
y a un torero de espuma, sal y arena,
ya que intentas herir, dale la muerte.
(*Verte y no verte*)

CANCION 8

Hoy las nubes me trajeron,
volando, el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río,
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba! 5

Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.
Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.

Entré en el patio que un día 10
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua. 15

(*Baladas y canciones del Paraná*, 1954)



LA PALOMA

Se equivocó la paloma,
se equivocaba.

Por ir al norte fue al sur,
creyó que el trigo era el agua.

Creyó que el mar era el cielo
que la noche la mañana. 5

Que las estrellas rocío,
que la calor la nevada.

Que tu falda era tu blusa,
que tu corazón su casa. 10
(Ella se durmió en la orilla,
tú en la cumbre de una rama.)
(*Entre el clavel y la espada, 1941*)

CON PABLO NERUDA EN EL CORAZÓN

- 1 -

Lo anunciaron primero (lo oí una madrugada):
Pablo Neruda ha sido fusilado.

Desde muy lejos me mandaba cartas,
voces de auxilio, soledad y angustia
por encima del mar. 5

Sucede que me olvido del idioma,
perdona mis errores.
Envíame un diccionario.

Un manuscrito un día, una tarde de invierno,
como las hojas últimas perdidas del otoño, 10
vino a abrirse en mis manos.
Se llamaba: Residencia en la tierra.

Como cenizas, como mares poblándose,
en la sumergida lentitud, en lo informe,
o como se oyen desde lo alto de los caminos 15
cruzar las campanas en cruz....

Era un galope muerto,
un corazón batiendo a la distancia,
un grito, más que desde la tierra
desde las raíces hundidas del fuego, 20
desde el dolor del árbol por nacer todavía,
la piedra calcinada por el rayo.

Pablo Neruda ha muerto. (Lo oí otra madrugada.)
Habían rectificando, aunque daba lo mismo.
A través de las lágrimas recuerdo ahora estas cosas. 25

¿Cómo olvidar aquella mañana en mi azotea,
la última nieve al fondo azul del Guadarrama,
las primeras palabras del encuentro,
su imagen tan lejana al fin hecha presencia?

Nos diste entonces todo, 30
tu dulzura de hermano recién aparecido,

tus desolados cantos torrenciales
y nosotros en cambio te dimos la alegría
y con ella la mano que esperabas desde hacía tanto
tiempo.

Y así tu soledad inmensa fue poblándose, 35
y fue Miguel y fue Manolo, Vicente, Federico....
fue toda la voz lírica de España
la que montó las alas de tu caballo verde
porque eran hermosos los vientos que partía
y el nuevo resonar de sus cascos en la gastada piedra.

- 2 -

Pero un día la sangre bañó el rostro de España,
su viejo corazón lo atravesó un cuchillo,
una tromba de odio se alzó de las tinieblas
y no hubo mar, no hubo puertas ni murallas 5
que impidieran el choque de la luz y la sombra.

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?
Venid a ver la sangre por las calles....

Así dijiste entonces 10
y ahora puedo, como lo confesaste tantas veces,
decir que cambiaron de pupilas tus ojos,
que se te metió España dentro del corazón
y ya por ella, tocado de su luz acribillada,
saliste nuevamente al mundo con tu canto 15
cubierto por la sangre de las calles.

Han pasado los años,
han pasado las guerras más feroces, más tristes,
han sucedido (pocas veces el sol) la oscuridad y el llanto,
ha mandado la noche tanto tiempo con su espada de
sombra,
mientras tú, Pablo, hermano profundo de la paz,
de la palabra desencadenada
por encima del mar y de las cordilleras,
Pablo de los ríos solemnes y los más finos pétalos,
de los cielos australes sin orillas,
de la pasión abierta y los justos castigos,
cuando eras más la voz de la esperanza,
cuando alzabas a cimas la luz para tu pueblo
(lo oí una madrugada), te morías
de dolor, rodeado de asesinos,
mientras corría en Chile la sangre por las calles.

Venid a ver ahora su casa violada,
sus puertas y cristales destrozados,
venid a ver sus libros ya cenizas,
a ver sus colecciones reducidas a polvo,
venid a ver su cuerpo allí caído,
su inmenso corazón allí volcado
sobre la escoria de sus sueños rotos,
mientras sigue corriendo la sangre por las calles.

(Roma, octubre 1973, en *Fustigada luz*)



CITA TRISTE DE CHARLOT

Mi corbata, mis guantes,
mis guantes, mi corbata.

La mariposa ignora la muerte de los sastres,
la derrota del mar por los escaparates.
Mi edad, señores, 900.000 años.
¡Oh!

Era yo niño cuando los peces no andaban,
cuando las ocas no decían misa
ni el caracol embestía al gato.
Juguemos al ratón y al gato, señorita.

Lo más triste, caballero, un reloj:
las 11, las 12, la 1, las 2.

A las tres en punto morirá un transeúnte.
Tú, luna, no te asustes,
tú, luna, de los taxis atrasados,
luna de hollín de los bomberos.

La ciudad está ardiendo por el cielo,
un traje igual al mío se hastía por el campo.
Mi edad, de pronto, 25 años.

Es que nieva, que nieva
y mi cuerpo se vuelve choza de madera.
Yo te invito al descanso, viento.
Muy tarde es ya para cenar estrellas.

Pero podemos bailar, árbol perdido.
Un vals para los lobos,
para el sueño de la gallina sin las uñas del zorro.

Se me ha extraviado el bastón.
Es muy triste pensarlo solo por el mundo.
¡Mi bastón!

Mi sombrero, mis puños,
mis guantes, mis zapatos.
El hueso que más me duele, amor mío, es el reloj:
las 11, las 12, la 1, las 2.

Las 3 en punto.

En la farmacia se evapora un cadáver desnudo. 35
(*Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho
dos tontos, 1935*)

A LA PINTURA

Mil novecientos diecisiete.
Mi adolescencia: la locura
por una caja de pintura,
un lienzo en blanco, un caballete.

Felicidad de mi equipaje 5
en la mañana impresionista.
Divino gozo, la imprevista
lección abierta del paisaje.

Cándidamente complicado 10
fluye el color de la paleta,
que alumbra al árbol en violeta
y al tronco en sombra de morado.

Comas radiantes son las flores,
puntos las hojas, reticentes, 15
y el agua, discos transparentes
que juegan todos los colores.

El bermellón arde dichoso
por desposar al amarillo
y erguir la torre de ladrillo
bajo un naranja luminoso. 20

El verde cromo empalidece
junto al feliz blanco de plata,
mas ante el sol que lo aquilata
renace y nuevo reverdece.

Llueve la luz, y sin aviso 25
ya es una ninfa fugitiva
que el ojo busca clavar viva
sobre el espacio más preciso.

Clarificada azul, la hora
lavadamente se disuelve 30
en una atmósfera que envuelve,
define el cuadro y lo evapora.

Diérame ahora la locura
que en aquel tiempo me tenía,
para pintar la Poesía, 35
con el pincel de la Pintura.
(*A la pintura, 1945*)

RETORNO DE LA INVARIABLE POESÍA.

¡Oh poesía hermosa, fuerte y dulce,
mi solo mar al fin, que siempre vuelve!
¿Cómo vas a dejarme, cómo un día
pude, ciego, pensar en tu abandono? “.

Tú eres lo que me queda, lo que tuve,
desde que abrí a la luz, sin comprenderlo.
Fiel en la dicha, fiel en la desgracia,
de tu mano en la paz,
y en el estruendo triste
de la sangre y la guerra, de tu mano.

Yo dormía en las hojas, yo jugaba
por las arenas verdes de los ríos,
subiendo a las veletas de las torres
y a la nevada luna mis trineos.
Y eran tus alas invisibles, era
su soplo grácil quien me conducía.

¿Quién tocó con sus ojos los colores,
quién a las líneas contagió su aire,
y quién, cuando el amor, puso en su flecha
un murmullo de fuentes y palomas?
Luego, el horror, la vida en el espanto,
la juventud ardiendo en sacrificio.
¿Qué sin ti el héroe, que su pobre muerte
sin el súbito halo de relámpagos
con que tú lo coronas e ilumina?

¡Oh, hermana de verdad, oh compañera,
conmigo, desterrada,
conmigo, golpeado y alabado,
conmigo, perseguido;
en la vacilación, firme, segura,
en la firmeza, animadora, alegre,
buena en el odio necesario, buena
y hasta feliz en la melancolía!
¿Qué no voy a esperar de ti en lo que me falte
de júbilo o tormento? ¿Qué no voy
a recibir de ti, di, que no sea
sino para salvarme, alzarme, conferirme?

Me matarán quizá y tú serás mi vida,
viviré más que nunca y no serás mi muerte.
Porque por ti yo he sido, yo soy música,
ritmo veloz, cadencia lenta, brisa
de los juncos, vocablo de la mar, estribillo
de las simples cigarras populares.
Porque por ti soy tú y seré por ti sólo
lo que fuiste y serás para siempre en el tiempo.

(De *Retornos de lo vivo lejano.*)

BALADA DEL QUE NUNCA FUE A GRANADA

¿Qué lejos por mares, campos y montañas!
Ya otros soles miran mi cabeza cana. Nunca fui a
Granada.
Mi cabeza cana, los años perdidos.
Quiero hallar los viejos, borrados caminos.

Nunca vi Granada.
Dadle un ramo verde de luz a mi mano.
Una rienda corta y un galope largo.
Nunca entré en Granada.
¿Qué gente enemiga puebla sus adarves?
¿Quién los claros ecos libres de sus aires?
Nunca fui a Granada.

¿Quién hoy sus jardines aprisiona y pone
cadenas al habla de sus surtidores?
Nunca vi Granada.

Venid los que nunca fuisteis a Granada.
Hay sangre caída, sangre que me llama.
Nunca entré en Granada.

Hay sangre caída del mejor hermano.
Sangre por los mirtos y aguas de los patios.
Nunca fui a Granada.

Del mejor amigo, por los arrayanes.
Sangre por el Darro, por el Genil sangre.
Nunca vi Granada.

Si altas son las torres, el valor es alto.
Venid por montañas, por mares y campos.
Entraré en Granada.

(Baladas y canciones del Paraná)



A GALOPAR

Lantierros, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras-
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuecan, resuecan-
las tierras de España en las herraduras.
Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si vive en tu montaña.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Rafael Alberti

GALOPE

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!
A corazón suenan, resuecan, resuecan,
las tierras de España, en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo
caballo de espuma
¡A galopar,
a galopar,

hasta enterrarlos en el mar! 15

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu notura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo
que la tierra es tuya. 20

!A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!
(*De un momento a otro*, 1937)

COPLAS DE JUAN PANADERO

Me llamo Juan Panadero,
por la tierra y por el mar.
El pan que amaso es de harina
Que nadie puede comprar.

Tengo dientes, tengo manos, 5
y en la punta de los pies,
puntapiés para el inglés
y los norteamericanos.

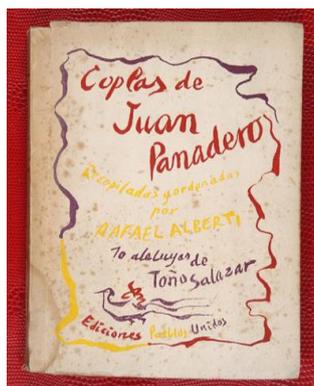
¡Mueran los imperialistas!
Se llamen republicanos 10
o se llamen laboristas.
Juan Panadero da pan.
Pero lo da al español,
no al yanqui ni al alemán.

...Mas hay español que entiende 15
que lo de Juan Panadero
puede robarse, y lo vende.

Lo señalo con el dedo,
con tres señales que son 20
de sangre, de muerte y fuego.

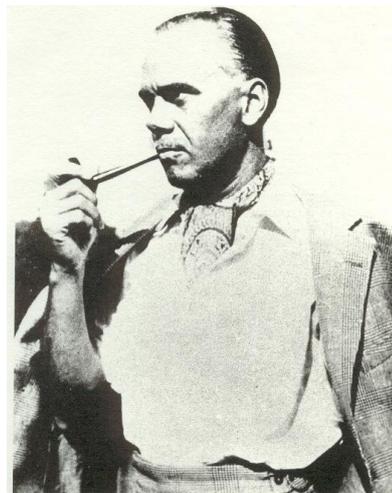
Repito estas tres señales:
¡Franco, fuego! ¡Franco, muerte!
¡Franco, muerte, fuego y sangre!

Ayer con Hitler, y ahora,
con los que se están llevando 25
hasta la luz de la aurora.
(*Coplas de Juan Panadero*, 1949)



3.- LUIS CERNUDA

(Sevilla, 1902 – México, 1963)



Poética:

“No valía la pena de ir poco a poco olvidando la realidad para que ahora fuese a recordarla, y ante qué gentes. La detesto como detesto todo lo que a ella pertenece: mis amigos, mi familia, mi país.

No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiera esperar algo, sólo sería morir allí donde no hubiese penetrado aún esta grotesca civilización que envanece a los hombres” (1929).

Ahora, en 1934, el muchacho que fui, ¿qué relación tiene con el hombre que yo soy? No sé por qué intento justificar esta diversidad de un espíritu que sigue, a lo largo de los días, su destino vital. ¿Afán de exactitud sentimental? Tal vez piense al escribir esto en alguien que no conozco. Y entonces el origen de estas nuevas líneas sería una tentativa para acercar el deseo, mi deseo, a la realidad. Pero, puedo decirlo, en nadie creo...

¿Soy yo el mismo que escribió aquellas antiguas líneas que antes trasladé? Tal vez no; mas siento dentro de mí, imperioso y misterioso, el mismo impulso que me llevó a trazarlas. Pienso hoy que si entonces creía odiar a mis amigos, a mis nulos amigos, es porque les amaba demasiado. Y en cuanto a mi país, no me aqueja tristeza o laxitud que no se aclare al pensar que allá en el Sur las olas palpitan al sol sobre las arenas mías, sobre las arenas que sustentan desnudos cuerpos juveniles. Pero el sol, el mar, la juventud, ¿no son los mismos en todo el universo? Entonces yo soy aquél, aquel mismo.

(Gerardo Diego, *Antología*, 1934, 516)

TE QUIERO

Te lo he dicho con el viento,
jugueteadando como animalillo en la arena.
O iracundo como órgano tempestuoso.

Te lo he dicho con el sol,
que dora cuerpos juveniles 5
y sonrío en todas las cosas inocentes.

Te lo he dicho con las nubes,
frentes melancólicas que sostienen el cielo,
tristezas fugitivas.

Te lo he dicho con las plantas, 10

leves criaturas transparentes
que se cubren de rubor repentino.

Te lo he dicho con el agua,
vida luminosa que vela en un fondo de sombra;
te lo he dicho con el miedo, 15
te lo he dicho con la alegría,
con el hastío, con las terribles palabras.

Pero así no me basta:
más allá de la vida,
quiero decírtelo con la muerte; 20
más allá del amor,
quiero decírtelo con el olvido.
(*Los placeres prohibidos*, 1931)

DONDE HABITE EL OLVIDO

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios. 5

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero 10
En mi pecho su ala,
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el
tormento/.

Allí donde termine este afán que exige un dueño a imagen
suya, / 15
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo; 20
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.
(*Donde habite el olvido*, 1933)

REMORDIMIENTO EN TRAJE DE NOCHE

Un hombre gris avanza por la calle de niebla;
No lo sospecha nadie. Es un cuerpo vacío;
Vacío como pampa, como mar, como viento,
Desiertos tan amargos bajo un cielo implacable.

Es el tiempo pasado, y sus alas ahora 5
Entre la sombra encuentran una pálida fuerza;
Es el remordimiento, que de noche, dudando;
En secreto aproxima su sombra descuidada.

No estrechéis esa mano. La yedra altivamente
Ascenderá cubriendo los troncos del invierno. 10
Invisible en la calma el hombre gris camina.
¿No sentís a los muertos? Mas la tierra está sorda.
(*Un río, un amor*; 1929)

UNOS CUERPOS SON COMO FLORES

Unos cuerpos son como flores,
Otros como puñales,
Otros como cintas de agua;
Pero todos, temprano o tarde,
Serán quemaduras que en otro cuerpo se agranden, 5
Convirtiendo por virtud del fuego a una piedra en un
hombre./

Pero el hombre se agita en todas direcciones,
Sueña con libertades, compite con el viento,
Hasta que un día la quemadura se borra, 10
Volviendo a ser piedra en el camino de nadie.

Yo, que no soy piedra, sino camino
Que cruzan al pasar los pies desnudos,
Muero de amor por todos ellos;
Les doy mi cuerpo para que lo pisen, 15
Aunque les lleve a una ambición o a una nube,
Sin que ninguno comprenda
Que ambiciones o nubes
No valen un amor que se entrega.
(*Los placeres prohibidos*, 1931)

NO DECÍA PALABRAS

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe, 5
Un mundo cuyo cielo no existe,
La angustia se abre paso entre los huesos,
Remonta por las venas
Hasta abrirse de la piel,
Surtidores de sueño
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes. 10

Un roce al paso,
Una mirada fugaz entre las sombras,
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,
Avido de recibir en sí mismo
Otro cuerpo que sueñe; 15
Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,
Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.

Aunque solo sea una esperanza,
porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie
sabe. 20
(*Los placeres prohibidos*, 1931)

PEREGRINO

¿Volver? Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra, su casa, sus amigos,
Del amor que al regreso fiel le espere. 5
Mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponible por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope 10
Sigue, sigue adelante y no regreses,
Fiel hasta el fin del camino y tu vida,
No echés de menos un destino más fácil,
Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto. 15
(*Desolación de la quimera*, 1962)

DIRÉ CÓMO NACISTEIS

Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos,
Como nace un deseo sobre torres de espanto,
Amenazadores barrotes, hiel descolorida,
Noche petrificada a fuerza de puños,
Ante todos, incluso el más rebelde, 5
Apto solamente en la vida sin muros.

Corazas infranqueables, lanzas o puñales,
Todo es bueno si deforma un cuerpo;
Tu deseo es beber esas hojas lascivas
O dormir en esa agua acariciadora. 10
No importa;
Ya declaran tu espíritu impuro.

No importa la pureza, los dones que un destino
Levantó hacia las aves con manos imperecederas;
No importa la juventud, sueño más que hombre, 15
La sonrisa tan noble, playa de seda bajo la tempestad
De un régimen caído.

Placeres prohibidos, planetas terrenales,
Miembros de mármol con sabor de estío,
Jugo de esponjas abandonadas por el mar, 20
Flores de hierro, resonantes como el pecho de un hombre.
Soledades altivas, coronas derribadas,
Libertades memorables, manto de juventudes;
Quien insulta esos frutos, tinieblas en la lengua,
Es vil como un rey, como sombra de rey 25
Arrastrándose a los pies de la tierra
Para conseguir un trozo de vida.

No sabía los límites impuestos,
Límites de metal o papel,
Ya que el azar le hizo abrir los ojos bajo una luz tan alta,
Adonde no llegan realidades vacías,
Leyes hediondas, códigos, ratas de paisajes derruidos.

Extender entonces una mano
Es hallar una montaña que prohíbe,
Un bosque impenetrable que niega, 35
Un mar que traga adolescentes rebeldes.

Pero si la ira, el ultraje, el oprobio y la muerte,
Ávidos dientes sin carne todavía,
Amenazan abriendo sus torrentes,
De otro lado vosotros, placeres prohibidos, 40
Bronce de orgullo, blasfemia que nada precipita,
Tendéis en una mano el misterio.
Sabor que ninguna amargura corrompe,
Cielos, cielos relampagueantes que aniquilan.

Abajo, estatuas anónimas, 45
Sombras de sombras, miseria, preceptos de niebla;
Una chispa de aquellos placeres
Brilla en la hora vengativa.
Su fulgor puede destruir vuestro mundo.
(*Los placeres prohibidos*, 1931)

SOLILOQUIO DEL FARERO

Cómo llenarte, soledad,
Sino contigo misma.

De niño, entre las pobres guaridas de la tierra,
Quieto en ángulo oscuro,
Buscaba en ti, encendida guirnalda, 5
Mis auroras futuras y furtivos nocturnos,
Y en ti los vislumbraba,
Naturales y exactos, también libres y fieles,
A semejanza mía,
A semejanza tuya, eterna soledad. 10

Me perdí luego por la tierra injusta
Como quien busca amigos o ignorados amantes;
Diverso con el mundo,
Fui luz serena y anhelo desbocado,
Y en la lluvia sombría o en el sol evidente, 15
Quería una verdad que a ti te traicionase,
Olvidando en mi afán
Como las alas fugitivas su propia nube crean.
Y al velarse a mis ojos
Con nubes sobre nubes de otoño desbordado 20
La luz de aquellos días en ti misma entrevistos,
Te negué por bien poco;

Por menudos amores ni ciertos ni fingidos,
Por quietas amistades de sillón y de gesto,
Por un nombre de reducida cola en un mundo fantasma,
Por los viejos placeres prohibidos,
Como los permitidos nauseabundos,
Útiles solamente para el elegante salón susurrado,
En bocas de mentira y palabras de hielo.

Por ti me encuentro ahora en el eco de la antigua persona
Que yo fui,
Que yo mismo manche con aquellas juveniles traiciones;
Por ti me encuentro ahora, constelados hallazgos,
Limpios de otro deseo, 35
El sol, mi dios, la noche rumorosa,
La lluvia, intimidad de siempre,
El bosque y su alentar pagano,
El mar, el mar como su nombre hermoso;
Sobre todos ellos, 40
Cuerpo oscuro y esbelto,

Te encuentro a ti, tu, soledad tan mía,
Y tu me das fuerza y debilidad
Como el ave cansada los brazos de la piedra.

Acodado al balcón miro insaciable el oleaje,
Oigo sus oscuras imprecaciones, 45
Contemplo sus blancas caricias;
Y erguido desde cuna vigilante
Soy en la noche un diamante que gira advirtiendo a los
hombres, /

Por quienes vivo, aun cuando no los vea; 50
Y así, lejos de ellos,
Ya olvidados sus nombres, los amo en muchedumbres,
Roncas y violentas como el mar, mi morada,
Puras ante la espera de una revolución ardiente
O rendidas y dóciles, como el mar sabe serlo 55
Cuando toca la hora de reposo que su fuerza conquista.

Tú, verdad solitaria,
Transparente pasión, mi soledad de siempre,
Eres inmenso abrazo;
El sol, el mar, 60
La oscuridad, la estepa,
El hombre y su deseo,
la airada muchedumbre,
¿Qué son sino tú misma?

Por ti, mi soledad, los busque un día; 65
En ti, mi soledad, los amo ahora.



SI EL HOMBRE PUDIERA DECIR

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,
Para saludar la verdad erguida en medio, 5
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando solo la verdad de su
amor, /
La verdad de sí mismo,
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,
Sino amor o deseo,
Yo sería aquel que imaginaba; 10

Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad ignorada,
La verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en
alguien /
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío; 15
Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
Como leños perdidos que el mar anega o levanta
Libremente, con la libertad del amor, 20
La única libertad que me exalta,
La única libertad por que muero.

Tú justificas mi existencia:
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.
(*Los placeres prohibidos*, 1931)

LOS MARINEROS SON LAS ALAS DEL AMOR

Los marineros son las alas del amor,
Son los espejos del amor,
El mar les acompaña,
Y sus ojos son rubios lo mismo que el amor
Rubio es también, igual que son sus ojos. 5

La alegría vivaz que vierten en las venas
Rubia es también,
Idéntica a la piel que asoman;
No les dejéis marchar porque sonrían
Como la libertad sonríe, 10
Luz cegadora erguida sobre el mar.

Si un marinero es mar,
Rubio mar amoroso cuya presencia es cántico,
No quiero la ciudad hecha de sueños grises;
Quiero sólo ir al mar donde me anegue, 15
Barca sin norte,
Cuerpo sin norte hundirme en su luz rubia.
(*La realidad y el deseo*, 1936)

A UN POETA MUERTO (F. G. L.)

Así como en la roca nunca vemos
La clara flor abrirse,
Entre un pueblo hosco y duro
No brilla hermosamente
El fresco y alto ornato de la vida. 5
Por eso te mataron, porque eras
Verdor en nuestra tierra árida
Y azul en nuestro oscuro aire.
Leve es la parte de la vida
Que como dioses rescatan los poetas. 10
El odio y destrucción perduran siempre
Sordamente en la entraña
Toda hiel sempiterna del español terrible,
Que acecha lo cimero
Con su piedra en la mano. 15

Triste sino nacer
 Con algún don ilustre
 Aquí, donde los hombres
 En su miseria sólo saben
 El insulto, la mofa, el recelo profundo 20
 Ante aquel que ilumina las palabras opacas
 Por el oculto fuego originario.
 [...]
 Aquí la primavera luce ahora.
 Mira los radiantes mancebos
 Que vivo tanto amaste 25
 Efímeros pasar juntos al fulgor del mar.
 Desnudos cuerpos que se llevan
 Tras de sí los deseos
 Con su exquisita forma, y sólo encierran
 Amargo zumo, que no alberga su espíritu 30
 Un destello de amor ni de alto pensamiento.
 [...]
 Para el poeta la muerte es la victoria;
 Un viento demoníaco le impulsa por la vida,
 Y si una fuerza ciega
 Sin comprensión de amor 35
 Transforma por un crimen
 A ti, cantor, en héroe,
 Contempla, en cambio, hermano,
 Cómo entre la tristeza y el desdén
 Un poder más magnánimo permite a tus amigos 40
 En un rincón pudrirse libremente.
 [...]
 Halle tu gran afán enajenado
 El puro amor de un dios adolescente
 Entre el verdor de las rosas eternas;
 Porque este ansia divina, perdida aquí en la tierra, 45
 Tras de tanto dolor y dejamiento,
 Con su propia grandeza nos advierte
 De alguna mente creadora inmensa,
 Que concibe al poeta cual lengua de su gloria
 Y luego le consuela a través de la muerte. 50

DESPEDIDA

Muchachos
 Que nunca fuisteis compañeros de mi vida,
 Adiós.
 Muchachos
 Que no seréis nunca compañeros de mi vida, 5
 Adiós.
 El tiempo de una vida nos separa
 Infranqueable:
 A un lado la juventud libre y risueña;
 A otro la vejez humillante e inhóspita. 10
 De joven no sabía
 Ver la hermosura, codiciarla, poseerla;
 De viejo la he aprendido
 Y veo a la hermosura, mas la codicio inútilmente.
 Mano de viejo mancha 15
 El cuerpo juvenil si intenta acariciarlo.
 Con solitaria dignidad debe

Pasar de largo junto a la tentación tardía.

Frescos y codiciables son los labios besados,
 Labios nunca besados más codiciables y frescos aparecen.
 ¿Qué remedio, amigos? ¿Qué remedio?
 Bien lo sé: no lo hay.

Qué dulce hubiera sido
 En vuestra compañía vivir un tiempo:
 Bañarse juntos en aguas de una playa caliente, 25
 Compartir bebida y alimento en una mesa,
 Sonreír, conversar, pasearse
 Mirando cerca, en vuestros ojos, esa luz y esa música.

Seguid, seguid así, tan descuidadamente,
 Atrayendo al amor, atrayendo al deseo. 30
 No cuidéis de la herida que la hermosura vuestra y vuestra
 gracia abren
 En este transeúnte inmune en apariencia a ellas.

Adiós, adiós, manojos de gracias y donaires.
 Que yo pronto he de irme, confiado,
 Adonde, anudado el roto hilo, diga y haga
 Lo que aquí falta, lo que a tiempo decir y hacer aquí no
 supe.

Adiós, adiós, compañeros imposibles.
 Que ya tan sólo aprendo
 A morir, deseando
 Veros de nuevo, hermosos igualmente
 En alguna otra vida.

(*Desolación de la quimera*, 1962)

4.- VICENTE ALEIXANDRE

(Sevilla, 1898 – Madrid, 1984)



Poética:

No sé lo que es la poesía. Y desconfío profundamente de todo juicio de poeta sobre lo siempre inexplicable...

Sólo diré que la poesía, unas veces, me parece una servidumbre; otras, salida a la única libertad... Y sin embargo, no puedo menos de acordarme en ocasiones de un consejo de Meredith a los poetas de su tiempo: "Jóvenes, no sintáis; observad". Sano consejo contra una autofagia que al cabo encuentra su detestable límite en lo exhausto...

Poesía es clarividente fusión del hombre con lo creado, con lo que acaso no tiene nombre; si es identificación súbita de la realidad externa con las fieles sensaciones vinculadas, resuelto todo de algún modo en una última pregunta

totalizadora, aspiración a la unidad, síntesis, comunicación o trance...

No, la poesía no es cuestión de palabras.

(Gerardo Diego, *Antología*, p. 494)

A DON LUIS DE GÓNGORA

¿Qué firme arquitectura se levanta
del paisaje, si urgente de belleza,
ordenada, y penetra en la certeza
del aire, sin furor y la suplanta?

Las líneas graves van. Mas de su planta
brotó la curva, comba su justeza
en la cima, y respeta la corteza
intacta, cárcel para pompa tanta.

El alto cielo luces meditadas
reparte en ritmos de ponientes cultos,
que sumos logran su mandato recto.

Sus matices sin iris las moradas
del aire rinden al vibrar, ocultos,
y el acorde total clama perfecto.



EN LA PLAZA

Hermoso es, hermosamente humilde y confiante,
vivificador y profundo, /
sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido,
llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado.

No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere
calcáreamente imitar a la roca. /
Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha
de fluir y perderse, /
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón
de los hombres palpita extendido. /

Como ese que vive ahí, ignoro en qué piso,
y le he visto bajar por unas escaleras
y adentrarse valientemente entre la multitud y perderse.
La gran masa pasaba. Pero era reconocible el diminuto
corazón afluido. /

Allí, ¿quién lo reconocería? Allí con esperanza, con
resolución o con fe, con temeroso denuedo, /

con silenciosa humildad, allí él también
transcurría.

Era una gran plaza abierta, y había olor de existencia.
Un olor a gran sol descubierto, a viento rizándolo,
un gran viento que sobre las cabezas pasaba su mano,
su gran mano que rozaba las frentes unidas y las
reconfortaba. /

Y era el serpear que se movía
como un único ser, no sé si desvalido, no sé si poderoso,
pero existente y perceptible, pero cubridor de la tierra.

Allí cada uno puede mirarse y puede alegrarse y puede
reconocerse. /

Cuando, en la tarde caldeada, solo en tu gabinete,
con los ojos extraños y la interrogación en la boca,
quisieras algo preguntar a tu imagen,

no te busques en el espejo,
en un extinto diálogo en que no te oyes.
Baja, baja despacio y búscate entre los otros.
Allí están todos, y tú entre ellos.
Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.

Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con
mucho amor y recelo al agua, /
introduce primero sus pies en la espuma,
y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se decide.
Y ahora con el agua en la cintura todavía no se confía.
Pero él extiende sus brazos, abre al fin sus dos brazos y se
entrega completo. /
Y allí fuerte se reconoce, y se crece y se lanza,
y avanza y levanta espumas, y salta y confía,
y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es joven.

Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor, en la
plaza. /
Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.
¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere latir
para ser él también el unánime corazón que le alcanza!
(*Historia del corazón*, 1954)

LENTA HUMEDAD

Sombra feliz del cabello
que se arrastra cuando el sol va a ponerse,
como juncos abiertos -es ya tarde;
fría humedad lasciva, casi polvo-.
Una ceniza delicada,
la secreta entraña del junco,
esa delicada sierpe sin veneno
cuya mirada verde no lastima.
Adiós. El sol ondea
sus casi rojos, sus casi verdes rayos.
Su tristeza como frente nimbada,
hunde. Frío, humedad; tierra a los labios.
(*La destrucción o el amor*, 1935)

VIDA

Un pájaro de papel en el pecho
dice que el tiempo de los besos no ha llegado;
vivir, vivir, el sol cruje invisible,
besos o pájaros, tarde o pronto o nunca.
Para morir basta un ruidillo,
el de otro corazón al callarse,
o ese regazo ajeno que en la tierra
es un navío dorado para los pelos rubios.
Cabeza dolorida, sienes de oro, sol que va a ponerse;
aquí en la sombra sueño con un río,
juncos de verde sangre que ahora nace,
sueño apoyado en ti calor o vida.
(*La destrucción o el amor, 1935*)

EL VALS

Eres hermosa como la piedra,
oh difunta;
Oh viva, oh viva, eres dichosa como la nave.
Esta orquesta que agita
mis cuidados como una negligencia,
como un elegante bendecir de buen tono,
ignora el vello de los pubis,
ignora la risa que sale del esternón como una gran batuta.

Unas olas de afrecho,
un poco de serrín en los ojos,
o si acaso en las sienes,
o acaso adornando las cabelleras;
unas faldas largas hechas de colas de cocodrilos;
unas lenguas o unas sonrisas hechas con caparazones de
cangrejos. /
Todo lo que está suficientemente visto
no puede sorprender a nadie.

Las damas aguardan su momento sentadas sobre una
lágrima, /
disimulando la humedad a fuerza de abanico insistente.
Y los caballeros abandonados de sus traseros
quieren atraer todas las miradas a la fuerza hacia sus
bigotes. /

Pero el vals ha llegado.
Es una playa sin ondas,
es un entrechocar de conchas, de tacones, de espumas o de
dentaduras postizas. /
Es todo lo revuelto que arriba.

Pechos exuberantes en bandeja en los brazos,
dulces tartas caídas sobre los hombros llorosos,
una languidez que revierte,
un beso sorprendido en el instante que se hacía «cabello
de ángel», /
un dulce «sí» de cristal pintado de verde.
Un polvillo de azúcar sobre las frentes
da una blancura cándida a las palabras limadas,
y las manos se acortan más redondeadas que nunca,
mientras fruncen los vestidos hechos de esparto querido.

Las cabezas son nubes, la música es una larga goma,
las colas de plomo casi vuelan, y el estrépito

se ha convertido en los corazones en oleadas de sangre,
en un licor, si blanco, que sabe a memoria o a cita.

Adiós, adiós, esmeralda, amatista o misterio;
adiós, como una bola enorme ha llegado el instante,
el preciso momento de la desnudez cabeza abajo,
cuando los vellos van a pinchar los labios obscenos que
saben. /
Es el instante, el momento de decir la palabra que estalla,
el momento en que los vestidos se convertirán en aves,
las ventanas en gritos,
las luces en ¡socorro!
y ese beso que estaba (en el rincón) entre dos bocas
se convertirá en una espina
que dispensará la muerte diciendo:
Yo os amo.

NACIMIENTO DEL AMOR

¿Cómo nació el amor? Fue ya en otoño.
Maduro el mundo,
no te aguardaba ya. Llegaste alegre,
ligeramente rubia, resbalando en lo blando
del tiempo. Y te miré. ¡Qué hermosa
me pareciste aún, sonriente, vívida,
frente a la luna aún niña, prematura en la tarde,
sin luz, graciosa en aires dorados; como tú,
que llegabas sobre el azul, sin beso,
pero con dientes claros, con impaciente amor!

Te miré. La tristeza
se encogía a lo lejos, llena de paños largos,
como un poniente graso que sus ondas retira.

Casi una lluvia fina -¡el cielo azul!- mojaba
tu frente nueva. ¡Amante, amante era el destino
de la luz! Tan dorada te miré que los soles
apenas se atrevían a insistir, a encenderse
por ti, de ti, a darte siempre
su pasión luminosa, ronda tierna
de soles que giraban en torno a ti, astro dulce,
en torno a un cuerpo casi transparente, gozoso
que empapa luces húmedas, finales, de la tarde,
y vierte, todavía matinal, sus auroras.

Eras tú, amor, destino, final amor luciente,
nacimiento penúltimo hacia la muerte acaso.

Pero no. Tú asomaste. ¿Eras ave, eras cuerpo,
alma sólo? Ah, tu carne traslúcida besaba
como dos alas tibias,
como el aire que mueve un pecho respirando,
y sentí tus palabras, tu perfume,
y en el alma profunda, clarividente
diste fondo. Calado de ti hasta el tuétano de la luz,
sentí tristeza, tristeza del amor: amor es triste.
En mi alma nacía el día. Brillando
estaba de ti, tu alma en mi estaba.

Sentí dentro, en mi boca, el sabor a la aurora.
Mis sentidos dieron su dorada verdad. Sentí a los pájaros
en mi frente piar, ensordeciendo

mi corazón. Miré por dentro
 los ramos, las cañadas luminosas, las alas variantes,
 y un vuelo de plumajes de color, de encendidos
 presentes me embriagó, mientras todo mi ser a un
 mediodía,
 raudo, loco, creciente se incendiaba
 y mi sangre ruidosa se despeñaba en gozos
 de amor, de luz, de plenitud, de espuma.

(*Sombra del paraíso*, 1944)

LOS BESOS

Sólo eres tú, continua,
 graciosa, quien se entrega,
 quien hoy me llama. Toma,
 toma el calor, la dicha,
 la cerrazón de bocas
 selladas. Dulcemente
 vivimos. Muere, ríndete.
 Sólo los besos reinan:
 sol tibio y amarillo,
 riente, delicado,
 que aquí muere, en las bocas
 felices, entre nubes
 rompientes, entre azules
 dichosos, donde brillan
 los besos, las delicias
 de la tarde, la cima
 de este poniente loco,
 quietísimo, que vibra
 y muere. -Muere, sorbe
 la vida. -Besa. -Beso.
 ¡Oh mundo así dorado!

(*Sombra del paraíso*, 1944)



CIUDAD DEL PARAÍSO

A mi ciudad de Málaga

Las damas aguardan su momento sentadas sobre una.
 Colgada del imponente monte, apenas detenida
 en tu vertical caída a las ondas azules,
 pareces reinar bajo el cielo, sobre las aguas,
 intermedia en los aires, como si una mano dichosa
 te hubiera retenido, un momento de gloria, antes de
 hundirte /
 para siempre en las olas amantes.

Pero tú duras, nunca descendes, y el mar suspira
 o brama, por ti, ciudad de mis días alegres,
 ciudad madre y blanquísima donde viví, y recuerdo,
 angélica ciudad que, más alta que el mar, presides sus
 espumas. /

Calles apenas, leves, musicales. Jardines
 donde flores tropicales elevan sus juveniles palmas
 gruesas. /
 Palmas de luz que sobre las cabezas aladas,
 mecen el brillo de la brisa y suspenden
 por un instante labios celestiales que cruzan
 con destino a las islas remotísimas, mágicas,
 que allá en el azul índigo, libertadas, navegan.

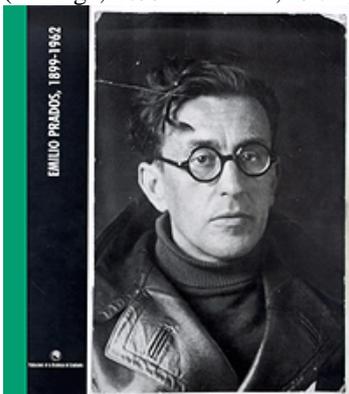
Allí también viví, allí, ciudad graciosa, ciudad honda.
 Allí, donde los jóvenes resbalan sobre la piedra amable.
 Allí fui conducido por una mano materna.
 Acaso de una reja florida una guitarra triste
 cantaba la súbita canción suspendida en el tiempo;
 quieta la noche, más quieto el amante,
 bajo la luna eterna que instantánea transcurre.

Un sople de eternidad pudo destruirte,
 ciudad prodigiosa, momento que en la mente de un Dios
 emergiste. /
 Los hombres por un sueño vivieron, no vivieron,
 eternamente fúlgidos como un sople divino.

Jardines, flores. Mar alentado como un brazo que anhela
 a la ciudad voladora entre monte y abismo,
 blanca en los aires, con calidad de pájaro suspenso
 que nunca arriba ¡Oh ciudad no en la tierra!

9.- EMILIO PRADOS

(Málaga, 1899 – México, 1962)



Poética:

La Poesía es lo único que nos salva.

POSESIÓN LUMINOSA

Igual que este viento, quiero figura
de mi calor ser y, despacio,
entrar donde descansen tu cuerpo del verano;
irme acercando hasta él sin que me vea;
llegar, como un pulso abierto latiendo en el aire;
ser figura del pensamiento mío de ti,
en su presencia; abierta carne de viento,
estancia de amor en alma.

Tú -blando marfil de sueño, nieve de carne,
quietud de palma, luna en silencio-,
sentada, dormida en medio de tu cuarto.
Y yo ir entrando igual que un agua serena,
inundarte todo el cuerpo hasta cubrirte, y, entero,
quedarme ya así por dentro como el aire en un farol,
viéndote temblar, luciendo, brillar en medio de mí,
enciéndote en mi cuerpo,
iluminando mi carne toda ya carne de viento."

CANCIÓN

No es lo que está roto, no,
el agua que el vaso tiene:
lo que está roto es el vaso
y, el agua, al suelo se vierte.

No es lo que está roto, no
la luz que sujeta al día:
lo que está roto es el tiempo
y en la sombra se desliza.

No es lo que está roto, no
la sangre que te levanta:
lo que está roto es tu cuerpo
y en el sueño te derramas.

No es lo que está roto, no,
la caja del pensamiento:
lo que está roto es la idea

que la lleva a lo soberbio.

No es lo que está roto Dios,
ni el campo que Él ha creado:
lo que está roto es el hombre
que no ve a Dios en su campo.

(*Llanto en la sangre*, 1933-36)

CITA HACIA DENTRO

¿Tanta luz? ¿tanta muerte?
¿tanta rosa en el día?...
(Curva el sol sobre el tiempo
sus llamas en sortija.)

Encadenado el mundo
a su exacta medida,
tanto debe a su fuego
como a su sombra viva.

Tanta hermosura fuera,
de nuestro amor se olvida.
No me dará descanso
para alcanza la dicha.

Con el sol sobre el cielo,
hoy nunca te vería,
que pesa más que el hombre
la luz que lo ilumina.

La noche, en cambio, tiene
al sol bajo sus aguas.
Sus páginas oscuras
viven deshabitadas.

Que soledad nos brinda,
para el amor, su estancia!...
(Toda la sombra es mundo
y, el mundo, tu mirada...)

En el centro del mundo,
bajo el sueño - en sus alas -
te harás toda silencio, apretada en mi alma.

La esfera de la noche
a un nuevo amor nos llama...
La rosa de lo eterno
a los dos nos amarra.

Deja el sol; deja el cuerpo,
ya vendrán otras albas...
¡Voy a coger el sueño!
¡ Te espero en su terraza!



EL CUERPO EN EL ALBA

Ahora sí que ya os miro
cielo, tierra, sol, piedra,
como si viera mi propia carne.

Ya sólo me faltábais en ella
para verme completo,
hombre entero en el mundo
y padre sin semilla
de la presencia hermosa del futuro.

Antes, el alma vi nacer
y acudí a salvarla,
fiel tutor perseguido y doloroso,
pero siempre seguro
de mi mano y su aviso.

Ayudé a la hermosura
y a su felicidad,
aunque nunca dudé que traicionaba
al maestro, al discípulo,
más, si aquel daba forma
en su libertad
al pensamiento de lo bello.
Y así vistió su ropa
mi hueso madurado,
tan lleno de dolor y de negrura
como noche nublada
sin perfume de flor,
sin lluvia y sin silencio...

Solo el cumplir mi paso,
aunque por suelo tan arisco,
me daba luz y fuerza en el vivir.

Mas hoy me abrí los brazos,
cielo, tierra, sol, piedra,
igual que presentí de niño
que iba a ser la verdad bajo lo eterno.

Hoy siento que mi lengua
confunde su saliva
con la gota más tierna del rocío
y prolonga sus tactos
fuera de mí, en la yerba
o en la obscura raíz secreta y húmeda.

Miro mi pensamiento

llegarme lento como un agua,
no sé desde qué lluvia o lago
o profundas arenas
de fuentes que palpitan
bajo mi corazón ya sostenido por la roca del monte.

Hoy sí, mi piel existe,
mas no ya como límite
que antes me perseguía,
sino también como vosotros mismos,
cielo hermoso y azul,
tierra tendida...

Ya soy Todo: Unidad
de un cuerpo verdadero.
De ese cuerpo que Dios llamo su cuerpo
y hoy empieza a asentirse
a, sin muerte ni vida, como rosa en presencia constante
De su verbo acabado y en olvido
De lo que antes pensó aun sin llamarlo
Y temió ser: Demonio de la Nada.

10.- MANUEL ALTOLAGUIRRE

(Málaga, 1905 – Burgos, 1959)



Poética:

La Poesía puede ser, como toda manifestación amorosa, un deseo y una creación, y el poeta, como todo enamorado, tiene que mirar con buenos ojos a la avida, que es la mejor musa, y con la que, al fin y al cabo, realizará su obra. Mi poesía ostenta como principal influencia la de Juan Ramón Jiménez, soporta la de D. Luis de Góngora y se siente hermana menor de la de Pedro Salinas. Además, Emilio Prados, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda influyeron personalmente en mi formación literaria y humana...

(Gerardo Diego, *Antología*, 1934, p. 536)

PLAYA

(A Federico García Lorca)

Las barcas de dos en dos,
como sandalias del viento
puestas a secar al sol.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

Sobre la arena tendido
como despojo del mar
se encuentra un niño dormido.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

Y más allá, pescadores
tirando de las maromas
amarillas y salobres.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

(*Las islas invitadas*)

ISLA DE LUTO

El tiempo es una llanura
y mi memoria un caballo,
jinete suyo yo voy
a oscuras por ese campo
sin detenerme en recuerdos
fugaces como relámpagos.

Mi caminar por el tiempo
tan sólo tiene un descanso
en el año de tu muerte
- isla de luto y de llanto -.

Plaza de mármoles fríos
y luna yerta. Me paro,
deteniendo mi memoria
desbocada, con espanto.
Junto al ciprés de tu sueño,
para verte, descabalgó.

No son recuerdos, que es vida,
y verdadero diálogo
que contigo tengo, madre,
cuando aquí nos encontramos.

(*Las islas invitadas*)

BESO

¡Qué sola estabas por dentro!

Cuando me asomé a tus labios
un rojo túnel de sangre,
oscuro y triste, se hundía
hasta el final de tu alma.

Cuando penetró mi beso,
su calor y su luz daban
temblores y sobresaltos
a tu carne sorprendida.

Desde entonces los caminos
que conducen a tu alma
no quieres que estén desiertos.

¡Cuántas flechas, peces, pájaros,
cuántas caricias y besos!



SÓLO SÉ QUE ESTOY EN MÍ

Sólo sé que estoy en mí
y nunca sabré quién soy,
tampoco sé adónde voy
ni hasta cuándo estaré aquí.

Vestido con vida o muerte
o desnudo sin morir,
en los muros de este fuerte
castillo de mi vivir,

o libre por los confines
sepulcrales de los cielos,
desgarrando grises velos,
ignorante de mis fines,

no sé qué cárcel espera
ni la libertad que ansío,
ni a qué sueño dará el río
de mi vida cuando muera.